

Hermano BENITO FALDA

1882 - 1969



Los primeros años

Benito Falda nació en Turín el 6 de junio de 1882, hijo de Gabriele Falda y Margarita Amedei. Inició la escuela elemental en la escuela "Vincenzo Troya" (1888-1892) a temprana edad y, después de completarlas, durante cuatro años tomó cursos de aritmética y diseño (1893-1897). Mientras tanto, también asistió al Oratorio de San Felipe, encontrando en el teatro, en la escuela de canto y en los ensayos con su mandolina, una salida para la exuberancia juvenil. "En el Oratorio conocí al P. Giaccardi, un excelente consejero que me invitó a acercarme con frecuencia a los Sacramentos y a pensar más en mi alma".

Cuando estaba en África, expresaba su gratitud al mencionado Padre y a San Felipe, que le había dado la gracia de la vocación misionera (Diario, cuaderno II, 25 de mayo de 1903). En sus memorias, el mismo Coadjutor relata cómo decidió unirse a los Misioneros de la Consolata, siguiendo el ejemplo de su hermano Luis, que le había precedido.

"... La partida de los primeros misioneros para Kenia estaba programada para el 8 de mayo de 1902. Con los padres Tomas Gays y Felipe Perlo estaban los dos coadjutores, Celeste Lusso y Luis Falda, mi hermano. Recuerdo que en la estación de Porta Nuova, momentos antes de la salida en el tren que llevaría a los misioneros a Marsella, donde se embarcarían, el canónigo José Allamano quiso bendecirlos una vez más. A su alrededor había numerosos familiares y amigos, todos invadidos por una emoción indescriptible. No pude contener las lágrimas. Fue entonces cuando el Canónigo me dijo: "Si amas a tu hermano, no debes llorar, piensa en unirte a él en África, para trabajar junto a él por la salvación de esos pueblos..."

Pero yo estaba a mil millas de distancia de tal idea. El socialismo ya estaba haciendo estragos en Turín en ese momento, del que Morgari y Nofri eran campeones, y yo, que trabajaba en el taller como mecánico de precisión, influenciado y arrastrado por mis compañeros de trabajo, la mayoría de los cuales eran subversivos, nutría una profunda aversión a todo lo que oliera a iglesia y religión. Aunque quería mucho a mi hermano, juzgaba que la vida misionera no era más que una teatralidad desprovista de contenido.

Pasaron unos meses y un día se me ocurrió, no sé cómo, ir a la "Consolatina" – como llamaban a esa primera sede del Instituto – para ver si habían llegado noticias de mi hermano. Quiso la suerte que el canónigo Allamano estuviera allí. Me recibió como a un viejo amigo. Me dijo que en ese momento habían llegado cartas y fotografías de Kenia. Me las mostró comentándolas con entusiasmo. Y, pasando de un tema a otro, me dijo de nuevo que, puesto que era necesario proveer urgentemente a la construcción de casas e iglesias en África, se había pensado explotar para este fin la valiosa madera de la que eran ricas las forestas vírgenes, implantando allí un moderno aserradero.

Pero el aserradero requeriría técnicos y, como no había misioneros coadjutores preparados, se pensó en emplear trabajadores dispuestos a prestar sus servicios a la misión por una remuneración justa. Ya un tal Ametis estaba dispuesto a vender su negocio e irse a África por al menos cinco años. Ahora están buscando un mecánico..." (*La Consolata*, febrero de 1949).

A esta primera conversación siguieron otras que terminaron con el ofrecimiento de Benito Falda como coadjutor a la causa de las misiones y con la aceptación del postulante por parte de José Allamano, acogiéndolo entre sus hijos el 6 de diciembre de 1902.

Misionero de la Consolata y la misión en Kenia

Lleno de buena voluntad, el nuevo misionero abrazó el nuevo estilo de vida, aprovechando bien las enseñanzas que el Padre Fundador le impartía tanto en común como en privado. El 13 de abril de 1903, recibió el Crucifijo de manos del Cardenal Richelmy; el 17 prestó juramento o profesión temporánea por 5 años y el 25, desde Trieste, con 5 sacerdotes y 8 Hermanas del Cottolengo formando la tercera expedición, zarpó hacia África. (*La Consolata*, mayo de 1903).

El territorio de los kikuyu en Kenia, a donde se dirigía, era la misión en la que los primeros misioneros llevaban poco más de un año trabajando. Era una región aún inexplorada, sin vías de comunicación, desprovista de las comodidades.

A su llegada, Benito se encontró con las penurias de ese entorno: viajes agotadores a pie, algunas veces a través de la maraña de forestas, otras en llanuras pantanosas; alimentación pobre a base de arroz o galletas y bebidas de café diluidas; un trabajo interminable para construir casas con medios y materiales limitados, para preparar y cuidar la huerta y todo lo necesario para la vida e instalación de una casa.

También él tuvo que experimentar la presión del idioma para poder comprender y ser comprendido por los nativos, para vencer su desconfianza y obtener su ayuda: todo esto se hizo más difícil por la falta total de gramáticas y maestros.

Tuvo que aclimatarse a través de dolencias físicas, fiebres, una llaga en el pie, que le impedía trabajar como le hubiera gustado; reaccionar contra la nostalgia que surgía fácilmente debido al hecho de que se encontraba casi solo en una selva densa y húmeda. A él también le costó acostumbrarse a una obediencia austera y militar, sin desanimarse al ver a varios compañeros que, encontrando esa disciplina demasiado pesada, abandonaban su trabajo para volver a casa.

A las dificultades mencionadas, que se harían menos difíciles con el paso de los años, tuvo que añadir una lucha difícil, que tendría que soportar durante el resto de su vida: vigilar su carácter impulsivo para poder vivir serenamente con los cohermanos y con los trabajadores. Benito Falda, sin darse cuenta, muestra todo esto en sus diarios de los primeros años en África, diligentemente compilados en deferencia a la orden del Superior, y en los que anota los acontecimientos felices y tristes del día y el trabajo realizado.

Así es como concluye uno de sus cuadernos:

"Acepte, Señor Rector, estas pobres páginas escritas por una pluma ignorante, y permíteme si no he cumplido con mi deber de escribir todos los días. El trabajo me hacía ser perezoso y por la noche mis ojos se cerraban. A decir verdad, no sabía dónde sentarme, durmiendo dos de nosotros bajo la misma carpa llena de cajas y herramientas. Una vez terminado este trabajo estaremos un poco más en orden y haré el deber informarlo minuciosamente de todo. (Diario, Cuaderno II, 26 de octubre de 1903).

Benito Falda, a excepción de dos breves períodos de vacaciones en Italia en 1908 y 1920, trabajó en Kenia hasta 1940. Primero llevó a cabo su actividad en Tuthu, donde cooperó eficazmente en el establecimiento de un aserradero en medio del bosque a una hora y media de la misión. Con muchos y diversos de sus productos preparó la madera necesaria para la construcción de casas para misioneros y hermanas en las misiones ya fundadas o que están por abrirse en el país, y también se ocupó de la construcción de estas en algunos centros.

Durante este período, el 25 de octubre de 1908, el Coadjutor Benito, en una función solemne celebrada en la misión de Nuestra Señora de las Gracias, hizo su profesión perpetua. Entre los mensajes que recibió, el siguiente del Canónigo José Allamano le agradó mucho: "Comprenderás cómo se alegró mi corazón paternal al saber de tu profesión perpetua. El querido P. Morino me escribió un informe minucioso, relatando los puntos principales de la hermosa homilía del P. Cagliero. Coloque en práctica este sermón y serás el modelo de los Hermanos que vendrán después de ti. La

gracia de Dios recibida en ese día te será de grande gloria en el Paraíso: trata de corresponder con la práctica ferviente de las virtudes religiosas.

Con mi bendición tengo la intención de confirmarte como el primer Hermano del Instituto..." (Carta del 8 de diciembre de 1908).

En febrero de 1916, durante la Primera Guerra Mundial, el coadjutor Benito siguió a los Padres enviados como capellanes a los hospitales para los "Carriers" (portadores africanos) que cayeron enfermos en la dura tarea de servir a las tropas británicas combatientes: prestó su trabajo activo e inteligente en Nairobi, Voi y Mombasa. Al final de la guerra, en 1918, fue llamado a Mathari-Nyeri y, en el taller transportado de Tuthu, reanudó su trabajo. En julio de 1921 en Oringo (Meru) se adentró de nuevo en la selva, instalando, por medio de una locomotora, un aserradero para preparar la madera, como ya había hecho en Tuthu, para la construcción de casas en las misiones de Meru.

Al final de este trabajo (1927) le fue confiado en Mathari el departamento de carpintería de la escuela central de la misión que, junto con el departamento de albañiles, bajo la dirección del Coadjutor Luis Della Valle, y el departamento de zapateros, dirigido por el Coadjutor Luis Bezzone, fue elogiado por el Gobierno por su buen funcionamiento y favorecido con un subsidio y trabajos por contrato. La escuela, junto con todas las escuelas del Vicariato de Nyeri, ganó la "Copa" en la Exposición de Nairobi del 28 al 30 de diciembre de 1933. (*Missioni Consolata*, marzo de 1934). De todas las actividades mencionadas, como también las iglesias construidas en Motindwa y en la ciudad de Nyeri, el Coadjutor Benito ha dado informes publicados en el Periódico *Missioni Consolata*.

En esta revista podemos leer también los relatos de varios bautismos que administró, los frutos de conversión entre sus trabajadores y entre los alumnos de la escuela industrial, y es fácil ver cómo, incluso en medio de las más variadas y apremiantes ocupaciones, recordaba siempre que era misionero, buscando con la escuela del catecismo, y sobre todo con su ejemplo, llevar a sus trabajadores al conocimiento y amor de la religión cristiana.

Los últimos tres años de su vida africana los pasó en las granjas administradas por la Procuraduría de Nairobi; y en 1940 regresó definitivamente a su patria.

Regreso en Italia

En Italia encontró inmediatamente su ocupación en la Casa S. José, primero en Comotto y luego en Alpignano, a cabeza del laboratorio e instructor de los Hermanos Coadjutores. A él y a sus alumnos se debe, entre otras cosas, la preparación de parte de los accesorios utilizados en la reconstrucción de la Casa Madre, destruida por los bombardeos en la noche del 8 de diciembre de 1942, y de los muebles de las habitaciones.

En 1954 el anciano Coadjutor se sintió cansado. Debido a los problemas cardíacos que padecía, fue llamado a la Casa Madre. No estaba en su carácter permanecer inactivo y pronto encontró un trabajo adecuado a su condición física en la Oficina de Prensa y Propaganda, actualizando las tarjetas de los suscriptores del periódico "Missioni Consolata". También a esta labor se dedicó con amor y empeño, feliz de poder ser útil todavía en algo al Instituto. Mientras atendía esta tarea, escribió sus "memorias de la vida africana" en dos grandes volúmenes mecanografiados e ilustrados con fotografías.

El 17 de abril de 1963 llegó el aniversario de sus bodas de diamante de profesión religiosa. Fue una fiesta para todo el Instituto. Los hermanos de Turín y Alpignano se reunieron a su alrededor para felicitarlo y homenajearlo en una academia festiva. En esta ocasión, el P. Domingo Fiorina, Superior General, asistido por el venerable P. Gaudenzio Barlassina, colocó sobre su pecho la Cruz "Pro Ecclesia et Pontifice", un alto reconocimiento y premio que, con la Bendición Apostólica el Santo Padre Juan XXIII, dio al veterano Coadjutor por sus 60 años de trabajo misionero.

A este número de años de Profesión, nunca antes alcanzados por nuestros Hermanos, el Coadjutor Benito, siempre bien y activo, pudo añadir cinco años; pero al inicio de 1969, muy a pesar suyo y

nuestro, tuvo que pasar a la enfermería. Allí, el buen Dios esperaba el anciano y cansado obrero para abrirle la puerta del Cielo y darle la recompensa que con tanto esfuerzo se había ganado.

Benito Falda, siempre ejemplar y activo en las tareas que se le habían encomendado a lo largo de los años, no fue menos ejemplar en su conducta y generoso en su constante esfuerzo por progresar en la virtud.

Es bien conocido a todos como veneraba y amaba al Padre Fundador. En África disfrutaba inmensamente de recibir sus cartas: "Hoy llega el correo tan esperado, y recibo cartas del Señor Rector y de la familia: me entero de que me he convertido en tío; pero las del amado Padre me consuelan más y me hacen anhelar el Paraíso. Pero, Dios mío, cómo estoy atrasado en la perfección. Todos me escriben que rezan por mí para que Dios me dé salud y fuerza, pero mi deseo es que oren por la salvación de mi alma y en esto deseo que sean escuchados, por lo demás que se haga lo que el Señor quiere" (Cuaderno V, 5 de septiembre de 1904).

Siempre estaba dispuesto a hablar del Padre, a conmemorarlo en los aniversarios de su muerte y así lo hizo hasta que se lo impidió la emoción que sentía al recordar su afecto paterno. Quienes vieron al Coadjutor Benito el 15 de marzo de 1943, con lágrimas en los ojos, limpiando con tanto cuidado el féretro del Fundador, que estaba siendo trasladado de la destruida Casa Madre a Rosignano, tuvieron una confirmación del amor que sentía por Aquel por quien había sido llamado a la vida misionera.

Y como hijo devoto del Siervo de Dios José Allamano, el buen Coadjutor practicó de modo especial aquellas virtudes que se había sentido tan inculcado por él: el amor a la Santísima Virgen y a Jesús Sacramentado.

A menudo en los diarios del Coadjutor Benito se repite el nombre de Nuestra Señora:

"... ¡Oh, hermoso día! Hoy nuestra querida Madre, la Consolata, querrá enviarnos muchas gracias; y nosotros, por nuestra parte, le hemos ofrecido nuestros pequeños esfuerzos, los pequeños sacrificios y también nuestra buena voluntad; y le dijimos que lo santificara para nosotros y que quisiera hacer crecer pronto los frutos de nuestro sudor" (Cuaderno II, 20 de junio de 1903).

"... Viajamos de Limuru a Tuthu. Tan pronto como almorzamos, con sopa de carne, inmediatamente nos ponemos en marcha de nuevo. La llanura es toda un lago y el agua nos llega hasta los tobillos y en algunos lugares hasta la mitad de la pierna. Estoy mejor que en Limuru: tenemos un buen médico en nuestro Padre celestial y en nuestra Madre la Consolata que nos guía, y esto es suficiente" (Cuaderno II, 18 de julio de 1903).

Cuántos Rosarios y Oficios de la Santísima Virgen Consolata, además de los prescritos, recitó. Fueron registrados solo de la Santísima Virgen, quien ciertamente retribuyó estos actos de devoción con gracias especiales sobre el Instituto y sobre su devoto. En uno de sus libros de oraciones encontramos una hoja de papel que tenía en sus manos todas las mañanas y en la que estaba escrito: "Certosa di Pesio, Esercizi 1945:

Hacer todo a través de María,
Hacer todo con María,
Hacer todo por amor a María,
María es mi madre y yo le pertenezco;
María es mi reina y yo la obedezco;
María es mi señora y yo la sirvo;
María es mi maestra y yo la escucho;
María es mi modelo y yo lo estudio;
María es mi apoyo y me apoyo en ella;
María es mi estrella y yo la sigo;
María es mi fuerza y lucho con ella;
María es mi refugio y descanso en ella;

María es mi morada y me escondo en su Corazón Inmaculado: con ella quiero amar, sufrir, morir por Jesús; con ella seré el más pequeño y el último siervo y siempre con ella repetiré: Hágase en mí según tu Palabra, Señor".

Igualmente vivo era su amor por Jesús en el Santísimo Sacramento. Escribió desde África:

"Cuántas veces lleno de angustia, de un deseo de llorar que no puedo explicar, corro a nuestra capilla, y allí, a los pies de Jesús en el Santísimo Sacramento, derramo en su Santísimo Corazón las penas que me atormentan, y le ruego que me tenga cerca de él, que me consuele, que me haga digno de estar a Su servicio y que me dé mucha paciencia con la gente" (Cuaderno II, 1 de junio de 1903).

Este amor por Jesús Sacramentado siempre se demostró con su amor a la oración, a las prácticas de piedad, con su comportamiento devoto en la Iglesia y considerando un gran don poder servir la Santa Misa. El propósito que hizo en 1954 sería suficiente para demostrar su devoción eucarística: "Por la mañana seré el primero en la capilla a dar los buenos días a Jesús Sacramentado".

Mucho más podría decirse del Hermano: de su fidelidad para pedir los permisos prescritos por la Regla, para dar cuenta de los pequeños gastos, y sobre su esfuerzo por vivir con caridad. En los Ejercicios de 1960 se propuso: "Sé optimista, no veas las faltas de los demás, alegre a todos siendo cordiales y sonriendo, aunque tenga un dolor ardiente en el corazón. La Madre celestial te está mirando".

El 24 de abril de 1903, cuando estaba a punto de zarpar para África, el coadjutor Benito había escrito: "Así que es realmente cierto. Aunque era muy indigno, fui llamado por la Santísima Virgen a trabajar y ayudar a mis hermanos en la difícil pero muy querida obra misionera. Al dar las gracias a la Santísima Consolata, que me ha querido a su servicio, le ruego que me dé también la fuerza y el espíritu del misionero para que un día pueda presentarle en el hermoso Paraíso mis débiles obras y recibir, si lo merezco, el premio reservado a los Apóstoles" (Diario, 24 de abril de 1903).

Que el cohermano tuvo éxito en su intención se afirma por los siguientes fidedignos testimonios.

"... Recibí su carta. Me alegra saber que está bien y todos apreciamos la renovada prueba de buena voluntad de un viejo sargento. No es que no entienda su emoción por la separación de Nyeri después de tantos años, aunque en realidad no ha cambiado de región porque Nyeri le resulta tan familiar como toda Kenia, incluida Nairobi. Por lo que se refiere a poder hacerlo, estamos seguros de que puede hacer muy bien en cualquier lugar y podrá volver a hacerlo después, prestando valiosos servicios al Instituto, que no siempre son de orden puramente material, como, por ejemplo, la buena impresión en los cohermanos por la fidelidad al Instituto y la generosa constancia en el sentido del deber y en el buen espíritu hasta el final, para lo cual no le faltarán las bendiciones de Dios, ni de la benevolencia de los Superiores..." (P. Gaudenzio Barlassina, Superior General, 1 de enero de 1938).

"... Me disculparé si utilizo el viejo apelativo popular del querido Coadjutor "Ndeto" bien justificado por su carácter: rápido en sus decisiones, veloz como un rayo en sus ejecuciones, de modo que no hay tiempo para deletrear su ya famoso nombre en la historia de nuestras misiones... Puesto que usted, junto con el buen Coadjutor Luis Bezzone, si han estado en el centro de mis dulces recuerdos, es también en la memoria general y agradecida de toda la Congregación donde se ha afirmado su ejemplar "registro" de actividad; hasta ahora invicto, ni fácilmente superable..." (Mons. Felipe Perlo, Jueves Santo de 1946).

"También yo quisiera transmitirle mis más sinceros deseos y mis más sinceras felicitaciones como cohermano y como indigno obispo de Nyeri, donde fuiste pionero de la primera hora.

Como cohermano lo miro con admiración y edificación, y como pobre obispo de Nyeri lo recuerdo y lo felicito con inmensa gratitud. Hace 60 años, cuando se consagró a Dios, al Instituto y a las Misiones, nuestra Congregación era una pequeña semilla que acababa de brotar, todavía en el vivero. Desde entonces se ha convertido en una planta exuberante, y usted ha cooperado como pocos en este

crecimiento. El don que hizo de sí mismo nunca fue desmentido, sino renovado cada día con mayor generosidad. Aquí, en Nyeri, escribió las páginas más bellas de la historia de estas misiones, con obras que permanecen como testimonio de su fidelidad y dedicación.

Todos lo recordamos con agrado y afecto como un nuestro comandante que contribuyó de manera dinámica y eficaz a dar forma estable a la Iglesia de Nyeri... El espíritu de sacrificio y de profunda vida religiosa es su don más hermoso, es el mejor legado que deja al Instituto como estímulo e incentivación para los que lo siguen..." (Mons. Carlos Cavallera, Obispo de Nyeri, 10 de abril de 1963).

A los testimonios anteriores, al aplauso y admiración de tantos cohermanos, al expresivo "*Deo gratias*" de las primeras Hermanas Cottolenghine en Kenia, y a la gratitud "por la ayuda verdaderamente fraterna prestada a nuestras Hermanas en toda ocasión" que le expresó, en nombre de las Hermanas Misioneras de la Consolata, Madre Nazarena Fissore, Superiora General, (Carta del 17 de abril de 1963) deben unirse los testimonios de condolencia que la muerte del benemérito Coadjutor ha suscitado en sus Cofrades y en todos los que le conocieron. He aquí la del padre V. Merlo Pich, que añade algunos detalles interesantes a la figura del difunto.

"El coadjutor Benito pertenece todavía a las filas de los misioneros legendarios y heroicos que afrontaron las dificultades de un país primitivo con naturalidad y espíritu apostólico y se dedicaron con constante heroísmo al apostolado.

Al Fundador, que lo acogió y lo preparó personalmente para la vida misionera, le guardó afecto y veneración perenne. Atesoraba sus enseñanzas y siempre las ponía en práctica.

El entusiasmo con el que se consagró a la Misión a los veintiún años lo mantuvo durante toda su vida, hasta su muerte: fue el motor que lo hizo trabajar por las almas y por la Iglesia durante 65 años, sin un día de descanso.

En su trabajo, tenía mucha iniciativa y grandes recursos para hacer frente a las más diversas situaciones sin medios. Siempre tuvo claro cuál era la tarea del Hermano misionero: cooperar con los sacerdotes misioneros -a los que profesaba sincero respeto y veneración- en las obras materiales, en la enseñanza de oficios y, sobre todo, en la enseñanza catequética. Lo recuerdo bien cuando lo acompañé en la foresta de Gatondo y de Amboni (Nyeri) con el aserradero móvil: nunca faltó de dar catecismo ni una sola noche.

Anexo a la Escuela Central de la Misión de Nyeri, organizó y dirigió una escuela de carpintería que creó una amplia reputación por su eficiencia, por la calidad de los carpinteros que formaba, muy apreciados y buscados por los colonos ingleses. La escuela fue elogiada por el Inspector de Escuelas Industriales del Departamento de Educación, el Sr. Weller, quien se convirtió en un admirador y amigo suyo. El Gobierno le concedió el sueldo de instructor.

La fama de su escuela atrajo a jóvenes no sólo de las misiones católicas, sino también protestantes. Un gran grupo de estudiantes de la misión presbiteriana de Tumutumu, habiendo solicitado ser admitidos en la escuela, pronto quisieron asistir a sus clases diarias de catecismo por la noche, y más tarde fueron recibidos en la Iglesia Católica. Se convirtieron en apóstoles en el área de Tumutumu que hasta entonces había sido refractaria. Por su influencia con la gente, los ancianos y el jefe, lograron fundar la primera escuela católica en Keheraine, y allanaron el camino para la fundación de la misión de Ngandu y Karatina.

Edificante fue la forma en que puso en práctica la recomendación del Fundador de no irse a dormir sin hacer las paces con aquel Cohermano con el que había tenido algún desacuerdo o mal ejemplo. De temperamento irascible y propenso a la ira, a veces no podía evitar los arrebatos con los obreros en el trabajo. Ellos, que lo conocían, sabían que se trataba de un arrebato momentáneo, y por eso no disminuían la estima y el afecto que sentían por su 'Padre Ndeto'. Pues bien, cuando estuvimos juntos en la selva en mis primeros meses en África, me sentí profundamente edificado, si es que había habido

algún arrebató con los trabajadores, verle llegar antes del descanso, arrodillarse delante para pedir perdón por el escándalo que había hecho.

Muy fiel a las prácticas de piedad, siempre estuvo presente en la meditación y en la misa a las 5:30 de la mañana, incluso en sus últimas semanas en Casa Madre. Me confi6 en una visita que le hice en la enfermería, que a lo largo de su vida siempre había rezado tres rosarios completos todos los días.

En cuanto a los gustos, cabe destacar su amor por las flores. Mantenía y cuidaba hermosos jarrones de flores en su habitación y en su oficina. Tenía una sensibilidad singular hacia los actos de gentileza que recibía de sus cohermanos. Lo recuerdo en la estación de Nairobi en la década de 1930. Estando en la capital por trámites con el Departamento de Educación, me había enterado del día en que llegaría de Mombasa, donde había permanecido por breve tiempo con los Padres Espiritanos. Fui a recibirle a la estación. Estaba tan tiernamente conmovido que no cesaba de darme las gracias y de repetirme cuánto mejores eran sus "queridos Padres" que los demás. Durante su enfermedad, un día lo encontré profundamente conmovido al mostrarme la caridad con la que los clérigos y los enfermeros lo asistían y lo trataban".

El 9 de febrero de 1904, el Venerable Padre Fundador escribió al Coadjutor Benito, recién llegado en África: "Frecuentemente me viene a la mente su figura esbelta y recta, y me parece que le hablo de buena manera. ¡Ojalá pudiera volver a verte!" ... "En el Paraíso nos volveremos a encontrar" (Carta del 23 de agosto de 1908), "y también tendrás que darme las gracias allá arriba por las correcciones que no te ahorré " (Carta del 2 de septiembre de 1908).

El deseo del Padre Fundador se ha cumplido plenamente. *Deo gratias.*

REFERENCIAS:

Gabriele Soldati, *Il Pionere*